

LA LATINIDAD Y SU SENTIDO EN AMÉRICA LATINA

LEOPOLDO ZEA*

1 - América y el problema de su identidad.

América Latina, tal es el nombre más generalizado que se da a esta región del Continente de la que es parte la Nación Mexicana. ¿Por qué este nombre? Es un nombre que ha sido muy discutido, indicándose que lo más correcto sería llamarla América Hispana, Ibérica o Indoamérica. Los españoles consideran este nombre casi como un insulto y se oponen con vehemencia a él. Sin embargo a lo largo del tiempo, más aún en los últimos años el nombre que ha predominado es el de América Latina. Un nombre con el que se la distingue de la otra región del Continente, la América sajona. ¿Es este un calificativo racial? ¿Cultural? El interrogante, el por qué América Latina y el por qué no Hispanoamérica, Iberoamérica o Indoamérica nos llevaría, por las mismas razones a otro interrogante, ¿por qué América? ¿por qué no Colombia? ¿por qué el continente, descubierto por Cristóbal Colón no lleva su nombre, en lugar del de su cartógrafo Américo Vesputio? ¿No es esto una injusticia? Francisco de Miranda, el Libertador venezolano, desde lejanos días en que se inicia la lucha por la libertad de esta región del Continente, habla, no de América, sino de Colombia. Y su gran continuador Simón Bolívar hablará de la Gran Colombia luchando por su realización, entendiendo por Colombia no sólo la región por él libertada sino toda la parte del Continente bajo dominio ibero. ¿Por qué entonces América? ¿Por qué también América Latina? Interrogantes que cada uno de nosotros podría hacerse igualmente respecto a su propio nombre, al nombre con el que ha sido bautizado.

Ahora bien, lo recibido recibido está, muy difícil, casi imposible, sería arrancarse el nombre impuesto, el calificativo recibido. Lo importante entonces, será

* *Filósofo Mexicano. Profesor de la Universidad Autónoma de México (UNAM) Directivo de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, SOLAR.*

saber qué se ha hecho con este nombre, qué significación tiene. Esto es ¿qué relación guarda el nombre con el proyecto del que lo impuso, del que ha bautizado a una persona, una región o un continente? Esto es importante porque ello nos va a permitir identificarnos. Identificarnos de acuerdo con nuestra peculiaridad, no de acuerdo con los proyectos del que ha hecho el bautizo individual o continental. Pronto se iniciarán los festejos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, realizado por Cristóbal Colón bajo los auspicios de España en 1492. Buena oportunidad será ésta para ampliar estos interrogantes. Preguntas sobre una identidad de las cuales son un preludio estas referentes a la identidad de la América Latina y a la pregunta sobre la razón de su nombre. Fue un encubrimiento, más que un descubrimiento, porque lo que Colón, quienes lo acompañaron, siguieron y patrocinaron cubrieron esta región con sus proyectos, con las ideas de lo que esperaban encontrar. Lo que encontraron, obviamente, les causó sorpresa y desazón, por ello rápidamente insertaron lo encontrado en el mundo que de significaciones les era familiar; al calificar lo encontrado con el instrumental de conocimiento que les servía para comprender, entender, su propio mundo. Vieron lo que querían ver y encontraron lo que querían encontrar, tal hicieron los hispanos que realizan la conquista de esta nuestra región bautizándola con nombres como Nueva España o Nueva Granada, como los británicos, varios años después que al colonizar la América del Norte, hablaron de Nueva York, como antes de Nueva Amsterdam y otros calificativos parecidos. Todos ellos buscaban su propio mundo, la ampliación del mismo, un mundo más al alcance de quienes en el Viejo Mundo se sabían marginados. Es así que surge América, de acuerdo con los sueños y ambiciones de los que encubrían esta peculiar realidad para prolongar la propia. El Nuevo Mundo en el que descubridores, conquistadores y colonizadores tratarán de posibilitar lo que en el viejo resultaba ya imposible.

Este fue el origen y razón de los nombres impuestos a esta región. Lo importante, sin embargo, es saber lo que los hombres, los pueblos a los que ellos han dado origen, han hecho dentro del horizonte del encubrimiento recibido. ¿Se conformaron estos hombres con ser proyección, sueño, esperanza de anhelos que no son los propios? ¿Qué es entonces lo que existía y que se formó en este Continente, con independencia de los proyectos de quienes lo bautizaron, conquistaron y colonizaron? Se puede decir que es a los hombres de esta región, a sus pueblos, a quienes compete, ahora, realizar su propio descubrimiento. Esto es, identificarse como individuos, como entidades concretas. No ser ya sombra y eco de ajenos proyectos y mundos de que hablaba Hegel. Parte de este descubrimiento, de esta acción identificadora, lo fue el Simposio que sobre la Latinidad y su Sentido en América Latina se realizó recientemente en la Ciudad de México bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Secretaría de Educación Pública y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, con amplio apoyo del gobierno de Francia; la colaboración del de España e Italia, así como con la participación y colaboración de universidades estadounidenses y diversas instituciones de investigación y difusión en Europa y México.

Fue el Instituto Francés de la América Latina, en México, el que sugirió al Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, la discusión del tema: ¿Se puede hablar en esta región de América, y con propiedad, de lati-

nidad? La latinidad, especial preocupación en los últimos tiempos en la Europa que se considera latina, centralmente Francia, España, Portugal e Italia. En Francia, promovida con entusiasmo por su Ministro de Cultura, Jack Lang. El año pasado se realizó en Roma, una gran reunión sobre la latinidad, que abarcó no sólo a esos países que se consideran a sí mismos como latinos, sino pueblos de otras regiones, tanto de la lejana Asia como de África en que se habla un idioma latino, dándose así, una connotación cultural al término de latinidad. Para nosotros, en Latinoamérica, la búsqueda del sentido de la adopción de latina que abarcó un gran conjunto de nuestros pueblos, era un reto. Un reto para ahondar más en esa nuestra preocupación por lo que sea nuestra ineludible identidad. Fue así que se originó el Simposio en el que participaron latinoamericanos, franceses, españoles, italianos y latinos de los Estados Unidos.

2.- El Panlatinismo de Napoleón III.

La pregunta que surgió de inmediato, ante la propuesta francesa de realizar el citado simposio fue la de ¿qué sentido tiene para Francia actualmente el término latino? ¿tiene éste algo que ver con lo que Napoleón III entendía por latinidad, justificando su expansión sobre México y sobre Indochina? Por supuesto, nada tiene ya que ver la latinidad, entendida por Francia y la Europa en nuestros días, con la idea imperial de Napoleón el pequeño. La latinidad, para Francia y Europa y su extensión, como expresión cultural a otros pueblos, tiene más que ver con una preocupación, pareja a la nuestra, la preocupación por la Europa de nuestros días, por aclarar su propia identidad. Lo latino, para la región europea que acepta este calificativo, es visto como un fondo de identificación nacional común de una región del continente europeo. La Europa de nuestros días, como desde siempre nuestra América, se plantea ahora problemas de identidad. ¿Por qué? Explicar ampliamente este por qué sería también de gran interés para aclarar nuestra propia identidad. Posiblemente es la búsqueda que sobre su propia identidad realizan pueblos al margen de Europa, del Mundo Occidental, tanto en esta nuestra América, como Asia y África, lo que ha planteado a Europa, al Mundo occidental, la definición de su propia identidad; una identidad hasta ayer fuera de toda discusión. Hasta ayer Europa, el Mundo occidental, se definía a sí misma como expresión de la humanidad por excelencia; siendo su historia, la historia por excelencia del mundo. Pero los tiempos han cambiado después de las dos grandes guerras mundiales. Ahora otros pueblos, como los nuestros, buscando identificarse como expresión concreta de lo humano pone en crisis la pretensión universalista de una identidad que se presentaba como la única posibilidad de humanidad. Jean Paul Sartre, en su novela *La muerte en el Alma* decía: "Era tan natural ser francés . . . Era el medio más sencillo y económico de sentirse universal. Eran los otros, quienes tenían que explicar por qué mala suerte o culpa no eran completamente hombres". Ahora todo está destruido "Todavía somos franceses, pero la cosa ya no es natural. Ha habido un accidente para hacernos comprender que éramos accidentales". Y otro pensador francés, Raymond Aron, escribía a su vez: "Nuestra civilización, por primera vez en la historia, se ha formado una imagen de la mayoría de las civilizaciones muertas. Se sitúa a sí misma, viva entre las muertas, consciente de su singularidad y de su fragilidad". Se hace expreso otro signo de universalidad, no ya la universalidad a partir de un deter-

minado centro, sino a partir de los múltiples centros de la humanidad que es cada hombre, cada pueblo, una universalidad plural. "El relativismo histórico - dice Aron - es superado desde el momento en que el historiador deja de pretender un distanciamiento imposible, reconoce su punto de vista y, en consecuencia, se vuelve capaz de reconocer las perspectivas de los demás". Es de esta capacidad para comprender otras perspectivas, otras identidades, sin hacer de la propia medida de ellas, de lo que parte ahora la idea de universalidad. "Negativo o positivo, el existencialismo, ya sea cristiano o ateo - agrega Aron -, es el desenlace de una crisis que ha privado al hombre tanto de orden natural como de orden histórico, para dejarlo, solo y desnudo, ante un destino misterioso". En lo peculiar que es cada hombre y pueblo, en la soledad de que habla Octavio Paz, los hombres y pueblos se encuentran como semejantes, iguales, entre sí.

La latinidad tiene así para la Francia, la Europa actuales, otro sentido distinto del que animó a la Francia imperial de Napoleón III a mediados del siglo XIX. Pero fue en la Francia inventora de esta latinidad que intelectuales de esta nuestra América encontraron el adjetivo adecuado a su propia definición y lo hicieron suyo, pero eliminando el sentido imperial del mismo; entre otros el colombiano José María Torres Caicedo y el chileno Francisco Bilbao. Fue así que a mediados del siglo XIX se empezó a hablar de América Latina, nombre que también hicieron suyo José Martí y José Enrique Rodó al finalizar el siglo, y posteriormente nuestros José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, el argentino Manuel Ugarte y muchos otros a lo largo de esta América en los albores de nuestro siglo XX hasta nuestros días, en los que el término latino para esta región de América es algo ya natural.

Pero, ¿cuál fue el sentido que la Francia de Napoleón III dio al calificativo de latinidad? La Europa, de la que es parte Francia, de mediados del siglo XIX, como la Europa de hoy, se encontraba seriamente alarmada por la presencia de dos grandes potencias que ya parecían destinadas a enfrentarse por la hegemonía mundial: Rusia y los Estados Unidos. Alejo de Tocqueville, en su libro **La democracia en América** escrito en 1835 había ya hablado del extraordinario desarrollo de los Estados Unidos y de Rusia, "su punto de arranque - escribía - es diferente y su desarrollo no es el mismo, pero de cualquier forma cada uno parece destinado, por la voluntad del cielo, para dominar los destinos de la mitad del globo". El abate Domenech, uno de los ideólogos de la que sería respuesta imperial francesa a estos imperialismos recordaba, alarmado, las palabras de un periodista ruso que afirmaba "cuando el águila rusa vuela sobre el Bósforo y el águila americana vuela sobre la ciudad de México, sólo quedarán dos grandes potencias en el mundo: Rusia y los Estados Unidos". No sólo Europa sino el mundo entero, estaban amenazados por este doble imperialismo. Frente a él había entonces que alzar otro imperio, el Imperio de la raza y la cultura latina. De acuerdo con el trabajo de John L. Phelan que analiza el **Origen de la Idea de Latinoamérica**, fue el mismo Abate Domenech el que por primera vez habló de **l'Amérique Latine**, explicando que se refería a México, la América Central y la América del Sur. A la vieja rivalidad francesa británica y francesa germana, se unía en esos días la rivalidad frente a Rusia presente en Europa desde los días de Pedro I y Catalina I, la misma Rusia que había llegado hasta París con Alejandro I para someter, defini-

sobre el decadente imperio otomano. Habría que detener a los Estados Unidos, herederos del empuje sajón, y a Rusia eslava. Se hablaba de pansajonismo y de paneslavismo, ahora habría que hablar y actuar en nombre del panlatinismo.

Michel Chevalier será el gran vocero del programa panlatino. Chevalier que conocía México, los Estados Unidos y Cuba se anticipará al proyecto panlatino de Napoleón III. Había propuesto, entre otras cosas, la creación del Canal Interocéánico en Panamá en 1844, idea que también será recogida por Luis Bonaparte, como la del Canal de Suez al convertirse en emperador. "Sólo Francia, - escribía Chevalier - puede prevenir que la familia de naciones latinas quede sumergida en la doble inundación de germanos o de anglosajones y de eslavos. A Francia le toca el papel de despertar a los latinos del letargo en que hasta ahora han estado sumergidos en los dos hemisferios, de levantarlos al nivel de otras naciones y de poner a los latinos en una posición donde su influencia pueda sentirse en el resto del mundo", Napoleón III, coronado en 1852, hará suyo el proyecto panlatinista, y en su nombre y para la supuesta Regeneración de los países latinos invadirá México en 1862; simultáneamente iniciará la construcción del Canal de Suez y enviará una fuerza expedicionaria a Indochina encaminada, al parecer, a latinizar esa lejana tierra asiática. En carta enviada por Napoleón III al general Forey, comandante de las fuerzas expedicionarias sobre México le expone la importancia de la expedición para el propio México, encaminada a regenerar, su raza, la raza latina o impedir vuelva a ser víctima de la ambición anglosajona encarnada en los Estados Unidos. Si "México mantiene su independencia y mantiene su integridad territorial y si se establece un gobierno estable con la asistencia de Francia - dice - nosotros habremos restituido a la raza latina del otro lado del océano, tanto su poder como su prestigio". "México así regenerado, será siempre favorable a nosotros, no sólo por gratitud, sino también porque sus propios intereses estarán de acuerdo con los nuestros y México encontrará en Francia un punto de apoyo para establecer buenas relaciones con los poderes europeos".¹

3.- La América Latina y la América Sajona.

Ahora bien, ¿cómo es que dentro de este contexto imperialista nuestra región en América adopta el calificativo de latina? En París, en junio de 1856, el pensador chileno Francisco Bilbao, lanza la idea de una Confederación de Repúblicas de la América del Sur, de acuerdo con la vieja propuesta de Simón Bolívar, y para ello convoca a un Congreso. En esta iniciativa recoge ideas en boga en la Francia de ese tiempo, dándoles otra connotación, la adecuada realidad de esta nuestra región en América. También, como los franceses, ve esta región amagada por dos imperialismos. Eliminado el imperialismo español, son dos los imperialismos que se aprestan a ocupar el vacío de poder dejado por Iberia: los Estados Unidos y Rusia. "Vemos imperios que pretenden renovar la vieja idea de la dominación del globo. El imperio Ruso y los Estados Unidos, potencias ambas colocadas en las extremidades geográficas, así como lo están en las extremidades de la política, aspiran, el uno por extender la servidumbre rusa con la máscara del

1. Cf. John L. Phelan, *El origen de la idea de Latinoamérica*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 31, UNAM, México, 1979.

Paneslavismo, y el otro la dominación del individualismo yankee". Pero hará una distinción que será la clave de la adopción que se hará del latinismo: "La Rusia está muy lejos, pero los Estados Unidos están cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero los Estados Unidos las extienden cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador". "Ayer Texas, después del Norte de México y el Pacífico saludan a un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos a Panamá, esa futura Constantinopla de la América, vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del sur, seré del norte?".

Es en este sentido que Bilbao califica a esta región de su América de latina, diciendo: "He ahí un peligro. El que no lo vea, renuncia al porvenir. ¿Habrá tan poca conciencia de nosotros mismos, tan poca fe en los destinos de la raza latinoamericana, que esperemos a la voluntad ajena y a un genio diferente para que organice y disponga nuestra suerte?" Bilbao cree que la América, de raza latina, puede dar una respuesta original al reto que representa la irresistible expansión de la América sajona. Expresión de la misma expansión sajona sobre la América, que empieza a llamarse latina, lo es la presencia del filibustero estadounidense William Walker; primero al norte de México, después en Centroamérica. "Walker es la invasión, - dice Bilbao - Walker son los Estados Unidos. ¿Esperaremos que el equilibrio de fuerza se incline de tal modo al otro lado, que la vanguardia de aventureros y piratas de territorios, llegue a asentarse en Panamá, para pensar en nuestra unión?". La caída de Panamá habrá de ser el inicio del dominio del resto del continente que empieza a ser denominado latinoamericano. "Entonces veríamos cuál sería nuestro destino en vez de la gran unión del continente". El paneslavismo no es para Bilbao un peligro para esta América, como lo es para la Europa de esos días. Más peligroso es el pansajonismo encabezado por los Estados Unidos. "Sabemos - dice Bilbao - que Rusia es la barbarie absoluta, pero los Estados Unidos olvidando la tradición de Washington y Jefferson son la barbarie demagógica". Bilbao no hace suyo el panlatinismo de Napoleón III; la latinidad para Bilbao tiene otro sentido, el de unidad de la región para la resistencia al expansionismo imperial de los Estados Unidos. Bilbao se enfrenta al panlatinismo de Napoleón III cuando invade México. "Si la Francia no es responsable de la agresión a México, entonces - pregunto - ¿qué pueblo es ese que permite a un bandido que tome su bandera para sembrar al mundo en la matanza?". "Francia que tanto hemos amado, ¿qué has hecho . . . traicionar y bombardear a México? México había llegado, al fin, al momento supremo de su regeneración: lo sumerge de nuevo en los horrores de la guerra, en alianza de frailes y traidores y colar sobre las ruinas de Puebla la farsa del imperio" ². Nada de panlatinismo, tan sólo el calificativo de latina para esta región del Continente Americano para defenderse, unida, de la agresión del nuevo imperialismo.

En 1857, otro pensador, el colombiano Jose María Torres Caicedo, publica un gran poema que titula *Las dos Américas*. En una de sus partes escribe:

2. Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 3, UNAM, México, 1978.

*Mas aislados se encuentran, desunidos,
Estos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;
La raza de la América Latina,
Al frente tiene la sajona raza,
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.*

*La América del Sur está llamada
A defender la libertad genuina,
La nueva idea, la moral divina,
La santa ley de amor y caridad.
El mundo yace entre tinieblas hondas:
En Europa domina el despotismo,
De América en el Norte, el egoísmo,
Sed de oro e hipócrita piedad".*

¡Unión! ¡Unión! reclama el colombiano, frente a la presencia imperial del norte sajón. Violenta es también su protesta frente a la presencia del filibustero estadounidense William Walker en Centroamérica, concretamente en Nicaragua.

*¿Más, qué voces se escuchan por doquiera?
¿Qué expresan esos gritos de agonía?
¿Qué quiere aquella turba audaz, impía,
Que recorre la América Central?
¡Qué mancillado el suelo americano
Por un puñado de invasores viles!
¡El Norte manda sin cesar auxilios
A Walker, el feroz aventurero,
Y se amenaza el continente entero,
Y se pretende darnos un señor!*

Frente al nuevo imperialismo habrá que repetir viejas hazañas. Las hazañas propias de esta raza, la de los Bolívar, los San Martín, los Morelos y tantos otros.

*Repitamos, si es fuerza, las escenas
De Ayacucho, de Bárbula y Junín
El pueblo que pretende encadenarnos,
Nos encuentre cerrado en batalla,
Descargándole pólvora y metralla
Al claro son de bélico clarín.*

*La paz es santa; mas si mueve guerra
Un pueblo audaz a un pueblo inofensivo,
La guerra es un deber - es correctivo,
Y tras ella la paz se afirmará.*

*¡UNION! ¡UNION! que ya la lucha empieza,
Pueblos del Sur, valientes, decididos,
¡El mundo vuestra ALIANZA cantard!*

En muchos otros trabajos, Torres Caicedo habla de la América Española agredida por la América Sajona. Denuncia la agresión y pide unión de esta América. En 1856, al denunciar la agresión estadounidense en Centroamérica dice: "Ya es un hecho que el presidente Pierre ha reconocido al gobierno de Walker: la raza española está en vísperas de ser absorbida en América por los anglosajones". Pero en otros lugares usa indistintamente América Española y América Latina. Sigue así a lo largo de múltiples escritos, pero insistiendo, cada vez más, en América Latina. En 1886 escribe: "Para mí, colombiano, que amo con entusiasmo mi noble patria, existe una patria más grande: la América Latina". "Hay hombres que califican de utopía el pensamiento fecundo de Bolívar de formar una confederación latinoamericana. Los que así hablan olvidan la historia de estos países. No sería trabajo perdido hacer la historia de las fases por las que ha pasado la idea concebida por el Libertador Bolívar, de reunir las Repúblicas de la América Latina". Torres Caicedo es consciente de que el calificativo adoptado puede no ser correcto históricamente, pero encuentra que el mismo permite dar una denominación común a los pueblos de esta región, que no ya el de española o ibera. En 1875 escribe, "Hoy vemos que nuestra práctica (la del nombre América Latina) se ha generalizado; tanto mejor".³ Es un término que califica una actitud, la de un conjunto de pueblos que han de enfrentarse a la expansión sajona. ¿Calificativo racial? No, aunque se hable de raza. En todo caso, se trató de una raza peculiar, capaz de asumir todas las expresiones, no sólo étnicas, sino también culturales de toda la humanidad.

José Martí que en su ensayo *Nuestra América* ha descrito una América de múltiples expresiones raciales y culturales dice también: "Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina"⁴. El uruguayo José Enrique Rodó, que condena en la "nordomanía", la pretensión de una generación de pensadores y educadores de esta América para hacer de ella otros Estados Unidos, una servil imitación de la América Sajona habló de América Latina. Es así que habló de "la visión de una América deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte". Una idea que flota ya sobre el sueño de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir". Pero es aceptando como superiores los valores de una determinada raza o pueblo que se acepta la subordinación a ellos y sus intereses. "Tenemos nuestra nordomanía - dice - es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno".⁵ Lo latino es visto como expresión del genio de esta región, como ex-

3. Cf. Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", Caracas, 1980.

4. José Martí, *Nuestra América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

5. José Enrique Rodó, *Ariel*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 19, UNAM, México, 1978.

presión de una actitud que más que racial es cultural. El genio propio de algo que es más que una raza; la latinidad entendida como capacidad para unir las pluralidades propias del hombre en sus múltiples expresiones, que hacen posible la humanidad. En este sentido toman también el calificativo de latino los miembros de una generación que ya se llamará a sí misma latinoamericana, entre los que se destacan José Vasconcelos, Alfonso Reyes, José Ingenieros, Manuel Ugarte y otros muchos a lo largo de esta América. Lo latino, no como negación de lo español o ibero, sino como algo que les es común; pero sí como lo opuesto al sajonismo imperial. Lo latino como signo de un nacionalismo continental y antiimperialista.

4.- La latinidad y España.

¿Tienen razón los españoles enfadándose cuando los pueblos de esta región prefieren llamarse latinos y no exclusivamente españoles o iberos? ¿Se puede considerar este calificativo como una agresión a España y como signo de un viejo resentimiento anti-español? Por supuesto que no, menos aún en nuestros días, en que se ha tomado conciencia de la pareja lucha empeñada, tanto en la Península Ibero como en América contra un mismo despotismo. Despotismo que lo mismo imponía su tiranía al pueblo español en la Península, como a los pueblos al otro lado del Atlántico. José Vasconcelos es el que nos ofrece la clave del uso de latina para esta región y no tanto el de española o ibera. La España colonizadora, pese a sus grandes aciertos, pese a la herencia dejada por ella, no asimiló con plenitud la raza indígena. España se mestizó, pero creó los complicados estamentos de subordinación racial por ella elaborados. El "elemento indígena - escribe Vasconcelos en **La Raza Cósmica** - no se ha fusionado aún en su totalidad, con la sangre española". Aun mestizando el coloniaje español, levantó sobre las diversas formas de mestización la justificación del predominio metropolitano sobre los nacidos en esta región. Todo esto originó la guerra, una sangrienta y cruel guerra. Guerra, no tanto contra España, que españoles querían ser llamados los habitantes de esta región, como contra el hecho de ser considerados sus pueblos como inferiores, y sus hombres como subhombres u homúnculos. Fue contra la arrogancia imperial que se alzó esta región de España como en la misma Península se alzaría el pueblo que sufría arrogancia semejante. A mediados del siglo XIX, en que empieza a hablarse de América Latina, está aún fresca la sangre, vivo el recuerdo, de la violencia de la guerra de independencia. "Háblese al más exaltado indianista - dice Vasconcelos - de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígamele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular". Es frente al peligro común hecho presente, al emanciparse esta América de España, que se busca algo de nueva unión, una nueva forma de integración que, sin negar a España, asimile sus valores y con ellos la actitud que hizo posible un conjunto de pueblos que hablan un mismo idioma y parten de una misma cultura. "Y no hay otro recurso. dice Vasconcelos -. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente". 6

Mucho es lo que se rechaza de la España colonizadora, pero también mucho lo que de ella se acepta como propia en esta región en América. Francisco Bilbao rechaza a la España de Felipe II que dominó a esta región con el hierro. "Cuna de hierro fue nuestra cuna, sangre de naciones fue nuestro bautismo, himno de terror fue el cántico que saludó nuestros primeros pasos", escribe Bilbao. "Aislados del universo, sin más luz que la que permitía el cementerio del Escorial, sin más voz humana que la obediencia ciega pronunciada por la milicia del Papa, los frailes y la milicia de rey, los soldados, tal fue nuestra educación". "Extendieron una piedra funeral sobre el continente de siglos de servidumbre y decadencia". Pese a ello, esta América "rompió la piedra sepulcral y hundió esos siglos de servidumbre en el sepulcro de los siglos". Algo habrá también en la herencia hispana que permitió vencer la servidumbre. Andrés Bello describe ese algo que, quírase que no, es también español. De este algo que caracteriza a esta región hablaron Bilbao y Martí. "Creemos y amamos todo lo que une; - dice Bilbao - preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria". "No vemos en la tierra, ni el goce en los goces de la tierra el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano". "He aquí lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y el poder de la América del Norte", la América latina se enfrenta así a la América Sajona. Simón Bolívar había escrito: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". Una concepción de la vida distinta de la sajona lo que en lugar de separar, discriminar, une. Que no ve en la diversidad de razas y culturas expresiones de desigualdad, sin expresión de la más auténtica igualdad, la de pares entre pares. Tanto vale Castilla como Aragón, y tanto vale la España peninsular como la España al otro lado del Atlántico; tanto vale un hombre como otro. Pero ¿entonces por qué ha de adoptarse el calificativo de latino y no el de español? ¿Por la cercanía de la violencia de las guerras de emancipación? O bien ¿por qué lo latino implica algo más que, sin negar a España explica su mismo espíritu? Un espíritu que se impone a la misma arrogancia de los conquistadores y colonizadores. El dominicano Pedro Henríquez Ureña escribe: "España, que tanto ha padecido por su antigua intolerancia en el orden del pensamiento, hija de la necesidad defensiva, tuvo en cambio espontánea amplitud humana". "La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual creando la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva" 7 .

5.- Latinidad y mestizaje universal.

El español Niceto Alcalá Zamora, explica, aunque sin aceptar su legitimidad, la denominación latina para esta región de cepa plenamente española por la historia. Según Alcalá Zamora fue Francia la que inventó la denominación de latina para América, para desespañolizar a la región e imponerle como lo intentó

7. Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

Napoleón III su propio sello. "Se aceptó en los países de destino, porque parecía la liberación hasta en el nombre, de toda inquietud o pesadilla, por retorno absolutamente imposible al régimen colonial, definitivamente muerto y enterrado". Sin embargo, la respuesta a este supuesto desacierto hecho por el régimen franquista, que más que eliminar las sospechas imperiales hispanas las afirmó en la idea sostenida por el franquismo de la hispanidad. Niceto Alcalá Zamora rechaza de cualquier forma por todos los ángulos el uso del calificativo de latina para esta región. "La total e insostenible arbitrariedad de la denominación comentada—dice—, aparece bajo cualquier aspecto en que se la examine". En todo caso lo latino podría venirle a esta América, pero sólo por la vía de España. España fue, recuerda, la "Provincia más latina del imperio de Roma, que al conquistarla le imprimió su cultura". Pero no pudo "ser tan distante y pasiva experiencia de aquel imperialismo el modelo que siguiera el Estado español al emprender como metrópoli activa la colonización americana. Se trata de dos empresas históricas incomparables en magnitud, distancias de lugar y tiempo, y de esencial significado". No, nada tiene que ver la latinidad romana con la latinidad en la llamada América Latina. Por "todas partes se va a Roma - agrega - pero si se marcha en busca de latinidad, y desde los pueblos americanos de origen hispánico, el camino lo trazó la geografía y lo siguió la Historia a través de España" ⁸. La arrogancia española, aun en un republicano, es ineludible.

Más atrás en la historia, mucho antes de que en esta región se empiece a hablar de América Latina, Simón Bolívar, tanto en la **Carta de Jamaica** como en el **Discurso de Angostura** señala, como lo hace después Alcalá Zamora, lo que distingue la colonización española de la colonización romana de la que España fue fruto. Se puede considerar "el estado actual de la América - escribía Bolívar -, como cuando desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político (una nación independiente dice en el **Discurso**), conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones". Esto es, desaparecido el Imperio Romano los pueblos por ella conquistados volvieron a sus viejos lares pero vertebrados por la civilización latina impuesta por Roma. Las diversas naciones que se formarán en Europa tendrán de común, pese a sus ineludibles peculiaridades, el sello de la civilización latina impuesto por Roma. Surgieron diversos idiomas como expresión de los diversos pueblos que formaron el imperio, pero enraizados y vertebrados por el latín propio de Roma. Otras expresiones de la cultura romana dieron también contextura a los diversos grupos raciales y culturales de los pueblos conquistados y colonizados por Roma. Roma dio unidad y vertebró tanto a los pueblos al norte de sus fronteras, germanos y sajones; como al sur, al otro lado del Mediterráneo que baña el África, y al Oeste, otra expresión de la germanidad y al Este los eslavos y pueblos del cercano Oriente. Mestizó etnias y culturas absorbiendo y siendo absorbida por todos esos pueblos para immortalizarse a través de las múltiples peculiaridades de los pueblos que formaron su vasto imperio.

Esto es, precisamente, lo que dice Bolívar no hizo el imperio español "con esta notable diferencia - dice Bolívar refiriéndose a ambos imperios - que aque-

8. Niceto Alcalá Zamora, *Sobre el origen de América Latina*. México, Editorial Porrúa, 1970.

llos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos”, en cambio “Nosotros ni aun conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo”. La colonización española mestizó los pueblos con los que se encontró, pero no los vertebró, no les dio unidad y al no dárselas cuando cayó su imperio se encontraron divididos, enfrentados los unos con los otros; etnias contra etnias, cultura contra cultura. “Nosotros ni aun conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado”. España, como Roma, mestizó hombres y culturas, el latín, como el español expresaron este mestizaje, salvo que España se negó arrogantemente a conceder estatuto de igualdad a los pueblos que de su acción surgieron, con el propio. Arrogancia que expresaría también la Europa occidental al expandirse sobre el mundo incluyendo a la misma América Española o Ibera. El mestizaje, lejos de representar amplitud de humanidad fue visto como degradación o corrupción de razas o culturas magistrales. No vertebró, sino separó lo que debía estar unido sumiendo así al continente iberoamericano en sangrientas guerras intestinas. Bolívar piensa en todo esto, pero lo hace y expresa en español por lo cual puede decir: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno”. España, quizá sin quererlo, hizo algo que no haría la colonización europea, ofrecer los elementos de unidad cultural de esta región pese a sus innumerables diferencias étnicas y culturas de origen. Pero, ¿no fue esto lo que hizo de Roma algo más que un arrogante imperio? ¿Esa latinidad, de que se habla y tiene su origen en Roma, no será expresión de la abierta actitud ante otros pueblos, razas y culturas? ¿Actitud que la hacía capaz de recibir en su seno las diversas expresiones de humanidad con que se encontró, como en el Panteón en donde hizo suyos los dioses de los diversos pueblos bajo su dominio, salvo el cristiano por excluyente? La latinidad, en efecto, viene a esta América por España, pero ¿no es precisamente esta latinidad, lo que representa como actitud, lo que puede dar sentido a una región del Continente americano que se sabe múltiple, diversos pero no por múltiple y diverso necesariamente obligado a una eterna guerra civil?

“Tengamos presente - decía Bolívar - que en nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el africano y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia”. “Nosotros somos - dice Bolívar - un pequeño género

humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil" ⁹ . ¿Cómo unificar a este peculiar género humano tan diverso por su contenido?

¿Por qué entonces se llama a este conjunto de pueblos, que forman ese peculiar género humano latinos y no españoles o iberos? ¿Sólo por distinguirse de lo que el imperio español significó como dominación? ¿Sólo por distinguirse y defenderse del nuevo imperialismo sajón? "Los llamados latinos —dice Vasconcelos—, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales". Sin prejuicios mezclan sus sangres. "Es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana". Esto es, lo latino como expresión de la capacidad de síntesis racial y cultural de la región que Vasconcelos lleva a formular en la utopía de la raza cósmica. Esto es "la raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal" ¹⁰ . Se arriba así a lo latino por España, nos dice Alcalá Zamora; pero también por lo latino se arriba a España. A la España capaz de mestizar pueblos y culturas pese a la arrogancia de sus hombres, que la hace separar para justificar una relativa superioridad étnica y cultural que no posee ya que por su origen es tan mestiza, como los pueblos a los que diera origen en América.

¿Se puede hablar de una raza hispana como se habla de una raza latina? Por supuesto que no. Cuando en España y América Latina se habla de raza tal y como lo hace Vasconcelos, lo racial es sólo un concepto simplificador de la diversidad racial y cultural de lo nos habla Bolívar, haciendo de nuestros pueblos expresión de un peculiar género humano. Entre los pueblos hispanos, escribe Pedro Henríquez Ureña, "se habla de "raza", pero no ciertamente con exactitud científica, pero sí con impulso de simplificación expresiva". "Desde el punto de vista de la ciencia antropológica, bien lejos está de constituir una raza la multicolor muchedumbre de pueblos que hablan nuestra lengua en el mundo, desde los Pirineos hasta los Andes y desde las Baleares y las Canarias hasta las Antillas". El "vocablo raza, a pesar de su flagrante inexactitud ha adquirido para nosotros valor convencional". Por ello el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América, es recordado como el día de la raza. ¿Qué raza? Ninguna en concreto, sino como una actitud en el encuentro que dio origen a un mundo llamado auténticamente nuevo. "Lo que une y unifica a esta raza, no es real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma". El latín en su momento significó esa capacidad de comprender y hacerse comprender con el que Roma pudo vertebrar a la actual Europa. "Así el latín ha sido en Occidente, el vehículo principal de la tradición romana —dice Henríquez Ureña—: la tradición persiste, a través de todas las evoluciones, donde quiera que

9. Simón Bolívar, *Carta de Jamaica y Discurso de Angostura*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 1 y 30, UNAM, México, 1978/9.

10. José Vasconcelos, *Opus. cit.*

persistió el latín. Deshecho el Imperio, Romano, su idioma se partió en mil pedazos. . . y esas lenguas se han difundido sobre territorios que Roma no sospechó". Pertenece al Imperio Romano, —decía Sarmiento— "pertenece a la familia latina —sigue Henríquez Ureña— . . . a la raza latina". Otra imagen de raza, no real sino ideal". Latinos, también, por la actitud que los pueblos formados por Roma tuvieron frente a otros pueblos. Actitud abierta, mestizadora, simplificadora, sin que tal simplificación implicase anulación de peculiaridades, aniquilación de identidades. La "más humana de las colonizaciones sigue Pedro Henríquez Ureña y por eso la mejor, ha sido la de España y Portugal: es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos. No erró por ventura quien dijo que, mientras el germano teme el contacto con los pueblos de escasa civilización, porque él mismo no se siente seguro de la suya, antigua de diez siglos apenas, el latino no ve peligro en el contacto porque su cultura es inmemorial y sale vencedora de los encuentros!"¹¹

Fue en el latín, de la latinidad como actitud abierta a la multiplicidad, que la España del descubrimiento, la conquista y la colonización, se planteó el problema de la originalidad, de la identidad, de los hombres y pueblos con los que se tropezó y con los cuales supo mestizarse. Frente a la arrogancia hecha crueldad de los conquistadores y colonizadores, surgieron los humanistas empeñados en mostrar la humanidad de que estaban dotados los hombres de esta región. Es la latinidad de la *Philosophia Christi* de los grandes humanistas españoles que en latín se entendían con sus iguales en Europa. La latinidad con la que negó la supuesta bestialidad de los indígenas, utilizada como pretexto para justificar la violencia y la explotación impuesta a los habitantes de esta región. Frente al encubrimiento del dominio impuesto, estos humanistas se empeñaron en sacar a flote, en descubrir auténticamente, la identidad de los hombres que sufrieron el impacto de la conquista y la colonización. Humanismo que vio más que *hómunculos*, supo ver a hombres de razón y que por tenerla con derechos a la libertad como individuos y a la autodeterminación como pueblos. Los Vives, los Valdés, los Vitoria y Las Casas, luchando contra la arrogancia en nombre de un cristianismo que no era excluyente, abrieron la posibilidad de abrazar a todos los hombres con independencia de sus ineludibles peculiaridades étnicas y culturales.

Tal es el sentido que para la región de esta América que ha adoptado el nombre de latina, tiene tal calificativo. Un calificativo, una forma de identidad adoptada para distinguirse de la otra América sajona. Pero una América, la Sajona, que, a su vez, se ha ido transformando. La presencia en el Simposio de un grupo estadounidense de latinos mostró cómo esa región se va, igualmente, latinizando, esto es, mestizando. El mundo blanco, anglosajón y puritano va dejando su lugar al mundo que se ha ido formando en sus entrañas. Un mundo multiracial, y multicultural. Hispanos y latinos, hasta hace poco sólo reprimidos, discriminados se hacen sentir en la otra América; pero no para imponer sus etnias y culturas, sino para asimilar y ser asimilados por un mundo que se abre. Todos ellos ciudadanos de los Estados Unidos sin tener por ello que renunciar

11. Pedro Henríquez Ureña, *Opus. cit.*

a sus propias peculiaridades. Expresión toda América de ese peculiar género humano de que hablaba Bolívar. Se ha hablado, en nuestros días de una gran nación que abarca el continente, de Alaska a Tierra de Fuego, llamada América. Pero que para serlo, legítimamente, tendrá que ser, toda ella múltiple. No ya una América sajona y una América latina, enfrentadas, sino simplemente América, pero formada por hombres y pueblos en un mismo plano de igualdad, de respeto, el que han de guardar entre sí hombres y naciones en ella formados. No más el Panamericanismo imperial que al grito de "América para los americanos" hace de una América instrumento de la otra. Si no América, pura y simple en nuestros próceres, como la sostuvieron los Bolívar, San Martín, Morelos, Hidalgo, O'Higgins y tantos otros que se hacían llamar simplemente americanos.